

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 25 DE ENERO DE 1931

NUM. 4



EL DOCTORZUELO

EL DOCTORZUELO

— — —

—¿Qué tendrá mi pobre niño, señor doctor? Está muy intranquilo. En todo el día no hace más que lanzar lastimeros miau, miau, miau, ¿Qué tendrá? Recétele señor doctor una buena medicina, ya sean píldoras, ya un específico eficaz, alguna cataplasma, si es necesario, o algunos polvos maravillosos. Sí, libreló de la muerte, está muy malito.

—En efecto, el niño está gravemente enfermo, el pulso lo tiene muy alterado y una alta fiebre atormenta al pobrecito. A la camita inmediatamente con él. Hágale que sude la gota gorda, y si lo consigue, no tenga cuidado, la enfermedad desaparecerá y pronto se hallará en condiciones de atrapar y merendarse un rollizo ratón.



EL PERRO VIEJO DEL CORTIJO

— — —

Un labrador tenía un perro muy fiel llamado Sultán; era ya muy viejo y no podía hacer presa.

El aldeano dijo un día a su mujer:

—Voy a pegar un tiro al viejo Sultán, porque no sirve para nada.

Tuvo aquélla compasión del perro, y contestó:

—¡Nos ha servido tanto tiempo, que bien podíamos ahora darle el pan gratis!

—¡Bah! vete a hilar y déjame a mí; como no tiene ya dientes no le teme ningún ladrón; si nos ha servido antes, también recibió en cambio su buena comida; ahora no vale para nada, y podemos pasarnos sin él.

El perro, que no lejos de allí estaba

echado, lo había oído todo. Entristeciéndose pensando que el día siguiente sería el último de su vida.

Tenía un buen amigo, que era el lobo; al anochecer fué a visitarlo al bosque, refiriéndole la suerte que le esperaba.

—No te apures—dijo aquél—yo te daré un buen consejo. Mañana de madrugada irá tu amo con su mujer al sembrado de heno, llevarán consigo a su hijuelo, que ponen durante el trabajo a la sombra detrás del vallado; allí te pones a su lado como para custodiarlo. Entonces salgo yo de la arboleda y robo el niño, tú partes detrás de mí a todo correr, como queriendo recobrarlo, yo le dejo caer, tú lo devuelves, y creyendo que los has salvado, la gratitud les obligará a no hacerte daño alguno, gozarás nuevamente de su gracia y nada te faltará.

Agradó el plan al perro y ejecutóse como se había pensado.

Gritaba el labrador cuando vió correr al lobo por el campo con su niño; mas cuando el viejo Sultán volvió con él, lleno de alegría y acariciándole, le dijo:

—Desde hoy nada te faltará, y mientras vivas comerás el pan de mi casa. Mujer, guisa para Sultán una papilla de leche para que pueda tragarla sin mascar, y dale mi jergón para que le sirva de cama.

Desde aquel momento Sultán lo pasó que no había más que pedir.

Visitóle el lobo, satisfecho con el buen resultado de su traza.

—Escucha compadre—le dijo—espero que te harás el dormido cuando quiera yo quitar a tu amo una oveja gorda. Están hoy los tiempos tan malos, que cuesta mucho trabajo ganarse la vida.

—No—respondió el perro;—yo soy fiel a mi señor, y no puedo hacer la vista gorda.

Creó el lobo que esto sería broma y volvió a la noche por su buena presa. Entretanto el leal Sultán había dado parte de todo a su amo, que estaba acechando en el granero, y dió al lobo una buena paliza.



EL HOMBRE DE LA CAPA ROJA

(Continuación)

El conde de Wuteng se levantó muy de mañana y se dirigió a la casa de algunos judíos que en tiempos para él más bonancibles le habían prestado varias cantidades con el ciento por ciento de réditos.

Por más que suplicó, en ninguna parte le favorecieron con las ansiadas monedas, y el joven tuvo que regresar a su casa desesperado.

—¡Miserables!—exclamaba iracundo.—¡Porque me ven abandonado no quieren prestarme lo que les devolveré duplicado dentro de veinte días!

—Acepta y lo tendrás inmediatamente—dijo una voz a su espalda.

Era el hombre de la capa roja.

El conde no pudo contener un grito de sorpresa.

—Tú, siempre tú. ¿Por qué me persigues con esa insistencia?

—Para que aceptes la transacción que te propongo, y si lo haces, se abrirán a tu paso las puertas que se cierran, tendrás oro, mucho oro, y cuanto necesites para la consecución de tus propósitos.

—¿Y qué debo hacer?

—Firmar este pergamino—repuso el desconocido, tendiéndole uno al joven.

—¡Nunca, nunca!

—Entonces me marchó.

—Déjame siquiera que lea su contenido.

—Es imposible, no hay nada en él escrito.

—Entonces...

—Pero se escribirá más adelante.

—¡Oh!

—¿Aceptas?

—No.

—Pues, hasta la vista.

El hombre de la capa roja desapareció.

El conde dejó caer con desaliento su cabeza entre ambas manos.

—¡No asistiré al torneo! ¡No seré el vencedor!—gritó desesperado.—Y todo porque no quiero firmar ese pergamino maldito, sí, maldito porque acaso será mi deshonor o mi condenación eterna.

Después de algunos momentos de silencio, el joven se puso a pasear por la habitación, deteniéndose y gesticulando como si sostuviera una lucha colosal consigo mismo.

¿Qué haría en aquella alternativa?

El día señalado para las fiestas se aproximaba y era preciso estar dispuesto para asistir a ellas, puesto que acudiría toda la nobleza alemana y no podía faltar él, el conde de Wuteng, descendiente de una de las más antiguas familias del imperio.

Además, la reina del torneo era el ser por quien él tanto suspiraba y cuya posesión codiciaba con anhelo, pues al par de sus inmensas riquezas, aquella mujer poseía una hermosura como no la había igual en Alemania.

—Mis padres desoyen mis ruegos, los judíos no me tienden sus manos, ¿qué voy a hacer?

El joven se estremeció y se puso extremadamente pálido, pues creyó haber oído como un eco lejano, la voz del hombre de la capa roja que le decía:

—¡Aceptar... aceptar... aceptar!

El conde se repuso y exclamó:

—Antes la muerte.

Una alegría inusitada se reflejó en su rostro.

—¡La muerte!—exclamó.—Sí, la muerte... pues llevar una existencia miserable, la existencia del réprobo y del paria, no es vivir, sino ir muriendo poco a poco, y sufrir en vida mil muertes más atroces que aquella que viene cuando se extingue la luz que alumbra el cerebro.

Después añadió, cambiando de expresión.

(Continuará)



LA OCIOSIDAD ES EL MAL

Un obrero decía a su hijo:

«Tu madre, al morir, me recomendó que hiciese de tí un hombre instruido; porque ella sabía que la instrucción es la llave que abre todas las puertas.

He cumplido dichosamente los deseos de tu madre; eres un joven instruido; pero es preciso que no resulten estériles los sacrificios que hemos hecho por cumplir el voto de la que tanto nos amó sobre la tierra.

La ociosidad es el mal. Yo he trabajado desde mis primeros años con afán incansable. El mandil del obrero ha sido la

joya que he ostentado durante toda mi vida.

La mano del obrero espreciado instrumento de civilización; pero el cerebro de un hombre instruido es un instrumento más maravilloso aún. Gracias a la recomendación de tu buena madre, eres poseedor, hijo mío, de ese poder, de ese tesoro: la sabiduría.

Ella concibió la idea; yo la he ejecutado. Yo soy el obrero; ella el rayo de luz. Tu cometido en el mundo no será tan grave y fuerte como el mío; pero tienes que moverte, tienes que luchar, tienes que consagrarte al trabajo. La ociosidad es el enemigo, es el mal.

SECCION RECREATIVA

Enigma

Soy una sola palabra de dos sílabas no más; vista de izquierda a derecha nuera he sido de Judá, y al revés tuve un hermano amigo del Rey de Paz.

Charada

La PRIMERA es una letra, otra letra PRIMA y DOS, PRIMA TRES pronombre neutro, y el TODO, caro lector, es una ciudad notable que San Pablo visitó, y en la que contra los ídolos la dos en Cristo anunció.

Acertijo

Sí escribes cincuenta y uno después de letra vocal, de un notable varón bíblico el nombre al punto verás.

Imprenta: Bravo Murillo, 72